



Los historiadores contemporáneos que deseen sentar plaza de imparciales tienen que luchar con mayores dificultades en este siglo en que de una manera disimulada se han establecido mercados de lisonjas y calumnias: nosotros no queremos ser confundidos con los palafreneros que estudian la ordenanza de la adulacion, sino seguir nuestra naciente vida pública sin que jamás vistamos la librea de los lacayos.

Si con nuestros *ensayos históricos* prestamos un servicio á la posteridad, habremos conseguido nuestro primer objeto.

En México mas de treinta años hace que no se publica un libro que dé á conocer la vida de la República; los avances de que ha disfrutado en su progreso y civilizacion y los medios de que se han valido nuestros hombres públicos para hacer llevar á la nación al estado de cultura en que se encuentra; los sacrificios que ha costado á la patria adquirir la forma de gobierno que nos rige; los hombres que ha perdido la nación en cada principio conquistado, y los heroicos esfuerzos que nuestro pueblo ha hecho siempre por destruir el fanatismo que nos legaron nuestros abuelos.

Nuestros hechos de armas mueren con sus autores, sin que la posteridad sepa los nombres de quiénes fueron héroes, quiénes criminales, quiénes las víctimas, quiénes los iniciadores de nuestros principios.

Emprendemos la publicacion de nuestros *Apuntes para la Historia*, esperando despertar el deseo de que no se releguen al olvido los potentes esfuerzos de México para llegar á ser la primera nación de América hoy, y despues la primera del mundo!

AGUSTIN RIVERA Y RIO.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Ligera reseña de la caída del Imperio.—Consideraciones generales para el afianzamiento de la paz de la República.—Ocupacion de México por las tropas de Oriente al mando del general Porfirio Diaz.—Páginas gloriosas del ejército de Oriente.—Sus triunfos y su acelerada organizacion.—Heroicidad de los mexicanos.—Ligera reminiscencia de los hechos de armas en la frontera é interior.—Entrega el poder el general Porfirio Diaz á D. Benito Juarez.—Entrada triunfal de Juarez á la Capital de la República.—El ministro de relaciones D. Sebastian Lerdo.—Un recuerdo de la traicion de Querétaro y su origen.—Armisticio de hecho y en silencio que celebraron los divididos republicanos.—Lerdo procura formar héroes que le respeten y denigra en todas sus medidas de política y diplomáticas á los liberales de corazon.—La expedicion del Paso del Norte.—Los veintidos immaculados.—Los elogios de Escobedo al ministro de relaciones y recíprocamente los de éste á Escobedo.—Ansia el pueblo los primeros trabajos de la naciente administracion.—La Convocatoria de 1867.—Los candidatos.—El prestigio de Porfirio Diaz.

El cuadro que nos representaba el epílogo del Imperio Mexicano en el Cerro de las Campanas debe ser el prólogo de la revolucion tuxtepecana.

Acababa de dar el pueblo mexicano el último golpe á la monarquía, y se retiraba á descansar en busca de nuevas fuerzas para desacir el yugo que le podria venir, para concluir con los malos hermanos, que unos en el partido del imperio ultrajaron la dignidad de la madre patria, y otros, que revestidos de poder aprovecharon las horas mas aciagas de la guerra para extenuar las rentas de la nación, llegando al extremo de comprometer la independenciam en las combinaciones enlazadas para la salida de las tropas del monarca Napoleon.

El cetro del emperador Maximiliano rodaba en Querétaro y con él las ilusiones de los europeos, con él se concluyeron todos los visos de los retrógrados; parecia verse en breve la union de los mexicanos en un solo partido que manejado con habilidad nos hubiera augurado una paz imperecedera, y así el principio de prosperidad en toda la estension del territorio.

La República había triunfado totalmente. La familia de los Hapsburgo lloraba á causa de la ambicion del príncipe Maximiliano, señalando á Napoleon III como el autor de su muerte, y no culpándose á sí misma, cuando en épocas anteriores veia conquistado México y con él las mas halagüeñas esperanzas.

Se levantaron tres cadalsos en el Cerro de las Campanas, no para la vindicacion de la República ni para experimento de los ambiciosos: las víctimas del imperio no se inmolaron sobre el altar de la venganza; no se necesitaba del castigo sino de la justicia, y las almas del emperador y de los generales del partido de los conservadores se apartaron de la tierra mexicana para evitar los torrentes que se tenian que suceder en el país agitado escesivamente en medio de la niebla que dejaba la política imperial y reaccionaria.

Cuán oscura y difícil era la situacion que dejaba al país la corruptora diplomacia del imperio. Dividido el partido liberal á causa del éxito tan diferente que obtuvieron los caudillos en la lucha; ligados los intereses de los conservadores á los del clero; sembrado el odio mas escarnecido entre los hermanos, se entreveia una nueva guerra civil todavía mas encarnizada que la de invasion, una guerra intestina que se pudiera haber evitado con mas abnegacion y menos vanidad del Sr. Juárez, con mas tacto de sus consejeros y con mayor patriotismo de los dueños del poder.

No bien se habian derrocado las figuras de la dinastía de Hapsburgo, cuando se dejaba asomar la tea de la discordia en las manos del jefe del gabinete de Juárez. Se formaban epopeyas y figuras que oscurecieran los sacrificios de los verdaderos vencedores. Se subvencionaban á los literatos para que escribieran poemas épicos con héroes de carton que desnudos de todo mérito pretendian arrebatarse los laureles á los patricios que desalojaron palmo á palmo de sus formidables posiciones á los europeos y aliados mexicanos. La division era un hecho. Los partidos ya estaban en guerra y se estableció un armisticio para celebrar el advenimiento de la República.

II.

La ocupacion de la capital de México siguió brevemente á los episodios de Querétaro. El ejército que tenia en jaque á la capital se habia formado en medio del humo de cien combates y vestido con el equipo del enemigo de la patria.

Sin la rendicion de Querétaro, que la vindicta pública se empeñaba en creer debida á la horrenda traicion de un jefe imperialista, y tenía razon; sin el fusilamiento del engañado príncipe austriaco; sin refuerzo alguno de tropa de occidente y la frontera, eran suficientes los soldados que sitiaban á México para devolver á la República sus instituciones, á los mexicanos su patria, á la sociedad sus garantías y á la América latina su tranquilidad.

El ejército de Oriente traia una insignia de gloria de inmensa magnitud, moralizado por triunfos que habian parecido imposibles la vispera de su alcance, acostumbrado á la miseria y á la fatiga, el orden, la mas celosa honradez, la abnegacion eran su estandarte, y en cuanto á disciplina no solo rivalizaba con las tropas de línea vencedoras en Austerlitz, sino le era ventajoso en alto grado.

El ejército de Oriente se formó sin la tutela del gobierno de Juárez, sin otros elementos que los botines quitados al enemigo, sin mas programa político que el triunfo de la libertad, y sin mas patrimonio que los frutos espontáneos de la naturaleza.

Estos puñados de valientes lucharon con denuedo desde el principio de la guerra, siempre con inconmesurable ventaja de parte del enemigo que atacaban ó resistian.

Cada episodio del ejército de Oriente es una página de gloriosos recuerdos para la Historia de México. Los géneos que como Treviño en la frontera habian causado la admiracion de sus pueblos, salian del ejército de Oriente llevando una bandera limpia y empolvada en la lucha con el invasor.

Porfirio Diaz era el centro del ejército de Oriente, él era su caudillo, y á su derredor se agruparon las mas bellas figuras de los republicanos liberales. La intervencion francesa ha venido á poner muy alto, ante el mundo civilizado, el ardor de las pasiones de los mexicanos cuando un extraño, aunque sea un atleta, viene á usurpar los santos derechos de su libertad, de su sistema de gobierno, de su soberanía popular.

Sin espíritu de patriotismo, creemos que el soldado de México es el mas abnegado y valiente del globo terrestre, el mas generoso y el mas audáz del mundo.

Basta recurrir á las relaciones de las batallas como la del 2 de Abril de 1867, en Puebla, en que cada soldado nacional tenia frente á sí parapetados ante inexpugnables muros, á diez veteranos con armas superiores, á innumerables bocas de fuego que desprendian lluvias de plomo á los libertadores; basta recordar las batallas de la Carbonera, Yanhuitlan, Oaxaca y otras mil, en las que el mexicano arrebató el orgullo á los primeros soldados de la tierra; cuando nuestros indios sin retroceder, ni la mirada, llegaban hasta las invencibles posiciones de los belgas, austriacos, franceses que corrian aterrorizados de ese raro valor, de esa osadía, de ese fuego incandescente que mantienen los corazones de hombres de tanta virtud civil como nuestros hermanos los vencedores de las naciones europeas, aliadas para la destruccion de la libertad del pueblo mexicano.

La invasion encontró en México una severa leccion por todas partes donde se presentaba con su imponente aspecto. Las tropas europeas eran diezmadas por la efervescencia de las pasiones de los ciudadanos, y en cada avenida, en cada calle de las poblaciones se encontraban cadáveres de soldados y paisanos que reñian hasta morir, pues seguros estaban de encontrar, los segundos, al dia siguiente un castigo infamante que establecieron los titanes que regian las riendas del gobierno, prefiriendo por esto morir matando invasores, pues la dignidad de

los mexicanos tiene mas valimiento en sus corazones que el espíritu de propia conservacion.

Los escritores del Viejo Mundo nos han hecho justicia y seria débil el colorido de nuestra pluma para narrar los cuadros que se vieron durante la guerra de invasion.

Desde 63 hasta 67 no hubo un solo día que se dejara de librar cuando menos una escaramuza en el campo mexicano siendo las mas veces desfavorable el éxito á los nacionales; pero téngase en cuenta que cada fracaso léjos de disminuir la moral en las tropas derrotadas, encendia mas y mas el entusiasmo, téngase en cuenta cuán poderosos eran los elementos del ejército invasor y cuánta hambre, y cuánta fatiga, y cuánta carencia de todo tenia el soldado de la patria.

Recordemos las tropas nacionales que llegaron á decidir el éxito de la batalla en el 5 de Mayo de 1862, recordemos que desde tres días antes caminaban venciendo prolongadísimas distancias y al llegar á rendir la última jornada, comenzaron á la lucha con más ardor que los franceses que hacia dos horas habian abandonado su lecho y cubierto sus necesidades.

Recordemos la batalla de Santa Gertrudis en la frontera, y veremos que el número de los soldados que asaltaron el convoy que vino á dar vida y nuevo ánimo á la República, era infinitamente menor en número, calidad de armamento y equipo, al de las tropas que lo custodiaban.

Recordemos á los soldados de la República, desarmados y desnudos, lanzarse al combate y disputar personalmente la arma á sus contrarios.

Con menos maldad del partido reaccionario, se hubiera logrado el triunfo de la República sin los caudalosos rios de sangre que entrabas fronteras surgieron, sin las inmensas hecatombes que se sucedieron, sin tanta orfandad, sin tanto sacrificio que puso en total abatimiento la industria del país por muchos años despues de consumada la obra de la redencion.

El país escuálido necesitaba más que nunca la union de los mexicanos para resarcir en poco tiempo las pérdidas que ocasionara la guerra; pero no lo quisieron así las ambiciones.

En medio de torrentes de ideas, en medio de esperanzas y pensamientos de regeneracion y trabajo, de loco entusiasmo, saludamos el pabellon tricolor de la República, señalando á Porfirio Diaz como al redentor, y al Sr. Juarez como un elemento divisor de la gran familia liberal.

Despues de la agitacion; tendria que sucederse el período de la calma, de la regeneracion político-social y el todo de la obra de la redencion. Desgraciadamente el fruto de la guerra para la clase proletaria fué harto estéril y á los pocos dias se vió en el horizonte nuevas nubes negras que sustituyeron al arco-iris de paz.

Habia en la administracion de Juarez un elemento ageno al partido progresista y liberal. Aquel encendia las pasiones, suscitaba los ódios, avivaba los rencores y discordia, con el tino que acompaña á los intrigantes del Siglo XIX.

Los primeros momentos de la nueva administracion se ocuparon en la propaganda de ideas que encerraban un veneno activo para la sangre de la patria.

Los dias de la república fueron saludados con autos de fé, que lejos de satisfacer á la vindicta pública, sirvieron para señalar á los triunfantes como asesinos vulgares y verdugos rencorosos.

Aquel Júdas del gobierno naciente dejaba tras sí una horda de salvajes que le debieron ayudar en su obra de prostitucion que constituia la parte moral del programa republicano. La caída del Imperio en Querétaro, fruto de la traicion comprada á cambio de una garantía y oro suficiente para saciar las aspiraciones de un miserable, reconoció en Sebastian Lerdo de Tejada el autor; llevado á cabo ese padron de infamia por uno de aquellos altos personajes que se elevan á la sombra de tutores cuya sola exigencia es la dignidad para concedérseles una patente de héroe, aunque en seguida la maledicencia popular los señale con el dedo.

Tocaba á su término el armisticio que celebraron de hecho los republicanos de corazón con los que se decian triunfantes de la monarquía y las medidas preliminares de la época del Sr. D. Benito Juarez, vinieron á evitar un juicio tan conveniente puesto que los autores del triunfo contaban con la gratitud pública. El rompimiento no se hizo esperar y ya veremos al jefe del gabinete de Juarez consumir su obra de prostitucion animando la enemistad, por los medios reprobados de su política corruptora.

Á cuántos recuerdos tendríamos que llegar para ver en cada uno de ellos una ofensa á los soldados de la independenciam! En qué disposicion, en qué nombramiento, en qué medida política no se trató de herir la susceptibilidad de los jefes republicanos?

Las recompensas que se ofrecieron á los inmensos sacrificios de los sitiadores de México, asaltadores de Puebla y perseguidores de las huestes de traidores y ejército extranjero que sostenian la dinastía de Maximiliano, fueron la mas negra ingratitud y el oprobio.

A nulificar! á nulificar! decia el ministro de relaciones, y antes que trabajar por el bien nacional se desvelaba en proyectos asaz infames para desprestigiar á los verdaderos soldados de la República.

En cambio exhumaba, y esas momias aparecian con sorpresa general en las altas combinaciones de la cosa pública. En cambio fabricaba de Escobedo un general redentor, de D. Florencio Antillon un gobernador de Guanajuato, de sus amigos, en fin, unos príncipes que debieran formar en breve la nueva dinastía de los Lerdo en sustitucion de la de los Hapsburgo. Este derecho de que hacia uso con tanta continuidad, era hijo de sus procedimientos en el Paso del Norte, lugar donde terminó la expedicion célebre de la carrera de veintidos valientes que mas tarde se les llamó immaculados.

Los frutos de los trabajos de esa comparsa que recorrió el vasto territorio terminando su correría en los confines de Chihuahua, son demasiado voluminosos hasta para compendiarlos en los estrechos límites de un libro que tiende á ilustrar la historia contemporánea.

Pero eso no nos evitará el recordar los *sacrificios* de esos immaculados que neutralizaban sus angustiosos pesares con la eterna orgía, con la prolongada bacanal de donde salian las proclamas alcohólicas que llenaban de entusiasmo á la muchedumbre dispuesta á conmovirse de todo corazon al pensamiento de los sufrimientos de los nunca alcanzados mexicanos, de esos gobernantes que se amparaban en el territorio extranjero y se disponian á emigrar continuando la huida á todo escape, si preciso era, aun en la área de los Estados de la Federacion norte-americana.

No, no olvidaremos las privaciones á que se hubieran visto sujetos sin el auxilio de Carbajal que fiel á la consigna se encargaba de surtir las cajas del erario de los veintidos con los fondos que se quitaban á los candorosos por buena fé republicana, y á los indefensos, arrebatando á la causa liberal sus mejores elementos.

No, no olvidaremos la actividad de esa caricatura de patriotas que jamás envió á Oriente ni un parte, ni una orden, ni una esperanza.

Olvidaremos la inquietud de espíritu de los héroes de Paso del Norte que con un pié en el límite de México y otro en la orilla izquierda del Bravo, no encontraba así todavía la seguridad de sus interesantes personas?

Cuánta abnegacion de immaculados! Cuánto valor civil!

Mientras que los hijos de la patria regaban el suelo con su sangre, mientras que se repetian minuto por minuto cuadros de bravura colosal, mientras que el hambre y la fatiga eran los canstantes compañeros de los mexicanos, el gobierno de los veintidos se desvelaba en diversiones caseras legislando entre la prostitucion mas desenfrenada, dividiendo á los hermanos y llegando hasta introducir la sábia de esa política aun en el sagrado de las familias.

El banquete perpétuo se vino á interrumpir con la caida del Imperio: el anfitrión de Paso del Norte fué despues el anfitrión en todas partes donde se encontraban los abogados Juarez y Lerdo: es decir, la patria, continuaba saciando sus exquisitos paladares; anfitrión constan-

te del festin de los licenciados que habian establecido comercio de amistades.

Al llegar á México la camarilla, se instaló el banquete contrastando la miseria de la patria con el lujoso festin que sobre las ruinas del imperio estableció la República acaudillada por el constante Juarez por el tan constante en el infortunio.....

La voz de la multitud clamaba en vano, y solo miseria se veia en todas partes; se aguardaba un gobierno barato pero en breve se vió que la emplomanía y el despilfarro eran los grandes elementos que abrigaba la camarilla para administrar al país: se aguardaban las altas medidas diplomáticas y en efecto no se hizo dilatar una Convocatoria, fruto del talento del Sr. Lerdo, que como decia Escobedo, y decia mal, era su cerebro un Sol: no sabemos si ese Sol se eclipsó con las reyeltas diplomáticas, pero sí nos consta que nunca alumbrió ese astro, ¿seria por egoismo, ó porque en el sistema planetario de Escobedo los soles son oscuros?—Nosotros optamos por lo segundo y aun por eso creemos que Escobedo vivió siempre en la oscuridad á pesar de haber ocupado, en época posterior á la de que tratamos, el ministerio de la guerra.

El Sol autor de la Convocatoria se escudaba con D. Benito Juarez; el Sr. Lerdo fijaba mucho la atencion en el porvenir y alguna vez le tendremos que mirar bajando los ojos delante de sus amigos, complicando su presencia más y mas las dificultades de la administracion.

La Convocatoria vino á suspender el armisticio de los republicanos y á emborrascar el horizonte: en efecto, en aquellos dias la atmósfera era pesada: el barómetro apuntaba tempestad, y tempestad habia!

IV.

Antes de falsificar la eleccion de Presidente, el Sr. Juarez tenia su prestigio y sus admiradores: la ignorancia popular permite á ciertos hombres conservar la adoracion del vulgo que no investiga y cuya indiferencia en los asuntos generales no le permite saber la verdad de los hechos. Así pues, fácil era en aquellas épocas manejar á las masas que se dejan llevar de las primeras impresiones que un reducido número de politicastros emitia.

Juarez era venerado y, usurpador del triunfo, considerado por algunos círculos, que en México son muy abundantes, cuya conciencia pertenece á la naciente aurora. Además, tutor de algunas malas cabezas, padre de algunas celebridades, en gran parte del territorio habia logrado se le encareciera como un patricio de distinguido mérito, de exaltado patriotismo y heroica abnegacion.

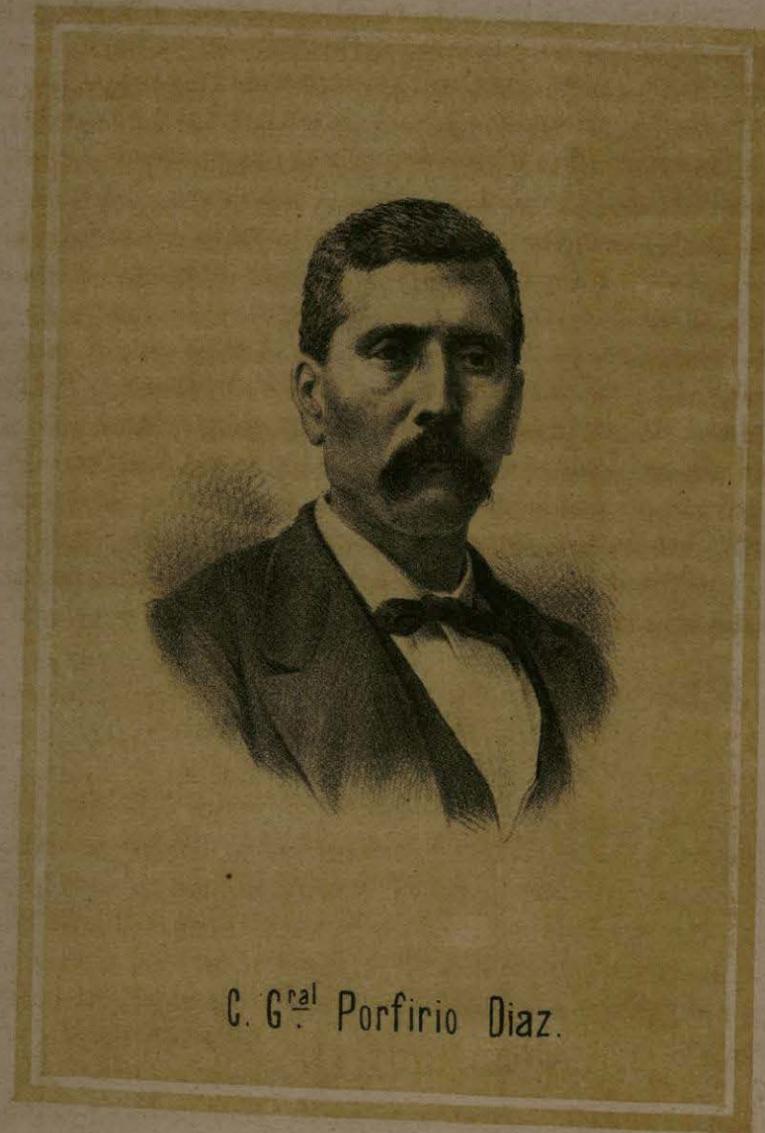
No obstante el Presidente de 1863 carecia de popularidad, no se le tenia fé por la mayoría y se deseaba una administracion cuyos antecedentes se hubieran conocido en época de rigurosa prueba para la patria. Esa nueva administracion sin duda alguna, los ojos públicos la veian en el general Porfirio Diaz, que era en realidad quien teniendo á su car-

go el Centro y Oriente de la República habia logrado el triunfo nacional, estableciendo en medio de los azares de la guerra, tribunales, gobiernos particulares en cada Estado, cuarteles, hospitales, escuelas; restaurando en parte el crédito de la República, con tan acrisolada honradez en el gasto de la Hacienda pública que le causó la admiración y respeto de sus conciudadanos.

El ejercicio del sufragio si hubiera dejándose espontáneo en todo el país, las ánforas contendrían su nombre.

El general Diaz era aclamado por la multitud; se levantaban actas postulándole en todas partes; se establecieron clubs cuya crecidísima concurrencia exaltándose hasta el delirio pretendió mas de una vez llegar hasta el Palacio de los usurpadores en busca de las cabezas del presidente y ministro de relaciones; aparecieron crecido número de periódicos cuya inmensa circulación demostraba el mas vivo deseo por el triunfo de la candidatura; en las plazas, en los teatros, en los salones de los barrios de México y otras poblaciones se pronunciaban entusiastas discursos ponderando los antecedentes del general Diaz, y augurando el éxito mas completo para el porvenir de México con su ascenso al poder; en los parajes públicos aparecian dia á dia carteles y actas suscritas por infinidad de ciudadanos adhiriéndose á la opinion general de llamar al héroe de la Independencia para regir los destinos de la patria; en todas partes se hablaba de las virtudes cívicas de Porfirio Diaz y todos aseguraban que él seria el próximo jefe de la República atendiendo al elevado prestigio que disfrutaba y á la ilimitada popularidad adquirida en medio de sacrificios presenciados por la mayoría de los mexicanos.

Y sin embargo D. Benito Juarez fué reelecto!



C. G^{ral} Porfirio Diaz.